

Al-Yáhiz

# Libro de la cuadratura del círculo

Traducción, introducción, notas e índice  
de Pedro Buendía Pérez



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Kitāb al-tarbī' wa l-tadwīr*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción, notas e índice: Pedro Buendía Pérez, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-246-0

Depósito legal: M. 4.931-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción
- 43 Bibliografía esencial
- 47 Libro de la cuadratura del círculo
- 207 Índice de autores, obras, temas y motivos en las notas



# Introducción

## 1. Al-Yáhiz

Se presenta al público de lengua española esta nueva edición, revisada y con renovadas introducción y notas, de la traducción del *Kitāb al-tarbī wa l-tadwīr* de Abū 'Uṭmān 'Amr b. Baḥr (siglo IX), el más importante de los prosistas árabes y una de las personalidades más deslumbrantes e influyentes de la cultura islámica.

Autor no demasiado conocido en Occidente hasta tiempos recientes, apenas poseemos un manojito de datos anecdóticos y dispersos sobre su vida, el más curioso de los cuales es el mote o apodo por el que se le conoce, *al-Ŷāḥiz*, 'El hombre de los ojos saltones', debido a la aparatosa exoftalmía que padecía.

Esta malformación ocular le causaba una fealdad que llegó a hacerse proverbial, tanto que pronto comenzó a circular entre las clases populares una serie apócrifa de

anécdotas y facecias chocantes en torno a su desagradable aspecto y su gran ingenio. Rasgo este que, unido a su ambiciosa y vasta cultura, caracteriza una obra amplia y compleja, cuya comprensión y justa valoración no siempre son fáciles. El lector que pase las páginas del *Libro de la cuadratura del círculo* comprobará por qué, de cuanto al-Yáhiz escribió, la forma tuvo más eco que el mensaje, y las humoradas más éxito que las razones. Y también sabrá por qué el nombre de *al-Ŷāḥiz*, aquel ‘ojos saltones’ que le fue puesto por sus condiscípulos como apodo burlesco, pronto pasó a ser entre los árabes título de gloria en el oficio de las letras.

## 2. Vida y tiempos

Los datos sobre los orígenes de Abū ‘Uṭmān ‘Amr b. Baḥr b. Maḥbūb al-Kinānī al-Fuḡaymī al-Baṣrī, *al-Ŷāḥiz*, son muy escasos y dispersos. Nació en Basora, en fecha cercana al año 776. Pertenecía a una familia de orígenes abisinios, razón por la cual se ha especulado con que quizá fuera de rasgos negroides, o al menos de tez muy morena o mestiza. De extracción humilde, quedó huérfano de padre al poco de nacer, y su madre se las arregló para que asistiera al *kuttāb*, la escuela coránica local, donde los niños apenas aprendían a recitar de memoria el Alcorán, junto a algunas nociones de gramática y aritmética.

Poco más se conoce sobre su infancia y juventud. Por su insaciable curiosidad y sus dotes para la observación, quizá su primer aprendizaje debiera más a calles y zocos,

predicadores y narradores ambulantes que a la escuela misma. En cualquier caso, no está claro cómo consiguió al-Yáhiz hacerse con una formación enciclopédica que sería la admiración de sus contemporáneos. A juzgar por su muy heterogénea obra, parece que renunció pronto a concentrarse en una sola materia (gramática, lexicografía, hadiz, etc.) como era ya costumbre entre los eruditos y religiosos de su tiempo. Tampoco parece haber tenido medios estables de vida hasta bien entrado en edad madura, llevando una existencia azarosa y centrada en la formación y la lectura. Algunas anécdotas desperdigadas sobre su vida cuentan que anduvo un tiempo vendiendo panes y peces junto a uno de los canales de Basora, y también que habría recibido las enseñanzas de su maestro al-Nazzām a cambio de servirle como mozo o fámulo en las tareas domésticas.

La mezquita y el *mirbad* de Basora fueron lugares que al-Yáhiz debió de frecuentar tras sus años escolares. En la primera, juntándose con los círculos de personajes más o menos letrados y desocupados como él, que, discutiendo y tratando en sus reuniones todo género de temas, en aquellos días florecían por la ciudad; círculos y ambientes de los que nos dejaría un vívido testimonio en su *Libro de los avaros*. También en el arrabal o *mirbad*, la gran explanada a las afueras de Basora, debió al-Yáhiz de hallar materia abundante para su obra. Allí hacían alto los viajeros, abrevando monturas y juntando provisiones en medio de un tráfico incesante de compraventa y actividades varias, entre las cuales son célebres las encuestas a que lexicógrafos y lingüistas sometían a los beduinos, tradicionales custodios de la pureza de la lengua

árabe y sus inveteradas tradiciones. En aquella concurrencia a los más variados círculos y ambientes, mezclando lo erudito con lo callejero, debió de empezar al-Yáhiz a conformar su mundo. Un mundo que se escapaba a la especialización y que resumiría el espíritu de la época.

Fue en los libros, con todo, donde hallaría el cauce en que desahogar su universal curiosidad y donde encontraría el complemento necesario de su formación vital. Su amor por la lectura y su pasión libresca pronto se hicieron célebres. Se cuenta que llegó a alquilar las tiendas de los librereros, cuando estos cerraban, para seguir leyendo en ellas de noche. En su Basora natal completaría su formación, a través de la ingente recopilación y producción de los filólogos locales en torno al legado árabe tradicional. Seguramente allí tuvo también un primer conocimiento de las culturas persa e india, en las traducciones del pehleví al árabe, cuyo más célebre exponente es el *Calila y Dimna* de Ibn al-Muqaffa' (c. 720-c. 756).

Por aquella época, Basora era el foco cultural e intelectual del islam. Junto con Kufa, se alzaba como centro de los estudios filológicos, que tuvieron un papel protagonista en el desarrollo de la cultura árabe, y cuyos más señalados representantes (al-Aşma'ī, Abū 'Ubayda, Abū Zayd al-Anşārī, etc.) fueron maestros de al-Yáhiz. Era además Basora la cuna del *I'tizāl*, el principal movimiento teológico del momento, inspirado en las técnicas dialécticas de la filosofía griega y defensor de la razón como medio esencial de acercamiento a la Revelación. Este movimiento, como veremos, discurría en abierta oposición a la corriente tradicionalista de los estudiosos y compiladores del hadiz, mucho más conservadores y partidarios



del criterio de autoridad emanado de las tradiciones proféticas. Uno de los más conspicuos jeques del *I'tizāl*, Ibrāhīm al-Nazzām, fue maestro de al-Yāhiz. Con el tiempo, nuestro autor llegará a ser el principal divulgador del movimiento.

Las primeras obras conocidas de al-Yāhiz se sitúan en torno al año 815 (200 H.). Según uno de sus pocos datos autobiográficos, tras llegar ciertos escritos suyos sobre la cuestión del imamato a conocimiento del califa al-Ma'mūn, este le recibió, animándole a escribir y haciéndole grandes elogios. Tal hecho, que parece capital en su biografía, le acaeció frizando en la cuarentena. El reconocimiento del califa debió de animar a al-Yāhiz a establecerse en Bagdad y, como otros muchos, probar suerte entre el tropel de gramáticos, poetas y hombres de letras que acudían a la fastuosa capital del imperio en busca de reputación y fortuna.

Sin embargo, tampoco en Bagdad resulta fácil seguirle la pista a nuestro autor, pues apenas tenemos de él algunas noticias sueltas. Tuvo un efímero trabajo de tres días como secretario en la cancillería califal. Una célebre anécdota asegura que más tarde, ya en edad madura, el califa al-Mutawakkil quiso confiarle la educación de uno de sus hijos; pero tras entrevistarse con él y ver su extrema fealdad, se arrepintió de su idea y ordenó entregar a al-Yāhiz una gratificación de diez mil dírhams.

En Bagdad completaría su formación y ampliaría el círculo de amistades y relaciones. Allí tomaría pleno contacto con la cultura griega y con las traducciones al árabe promovidas por el califa al-Ma'mūn desde su célebre *Dār al-ḥikma* o 'Casa de la sabiduría'. Decenas de erudi-

tos contemporáneos de al-Yáhiz se afanaban por entonces en la traducción de las obras más importantes de la cultura griega, las de Aristóteles especialmente, cuyo conocimiento fue fundamental para nuestro autor. También en Bagdad se relacionaría estrechamente con otros teólogos y adalides de la doctrina del *I'tizāl*, entonces oficial en el estado.

Tenemos constancia de este progresivo acercamiento a los círculos califales porque al-Yáhiz se ganó la amistad de muy influyentes personajes, en cuyo entorno vino a ser cierta suerte de eminencia gris, asesor y promotor de servicios varios. Destacan entre ellos Ṭumāma b. Ašras, teólogo mu'tazilí consejero del califa al-Ma'mūn, y también Ibn al-Zayyāt, visir de varios califas de 834 a 847. Al-Yáhiz debió de tener gran ascendiente sobre este poderoso personaje hasta su caída en desgracia y posterior tormento (dentro de un atanor erizado de clavos que él mismo había ideado poco antes para torturar a morosos). Más tarde tuvo estrechas relaciones con el oponente de este y gran cadí de Bagdad, Ahmad b. Abī Du'ād, amigo íntimo del califa al-Ma'mūn y principal ejecutor de su política religiosa. Finalmente, se colocó bajo la protección del príncipe turco al-Faṭḥ b. Jāqān, hermanastro y favorito del califa al-Mutawakkil, y también gran bibliófilo. A ellos han de sumarse otros personajes influyentes de la corte, a los que al-Yáhiz dedicó casidas y epístolas, etc.

Una vez asentado en el ambiente oficial y califal, si bien ya a las puertas de la vejez, su prestigio intelectual y literario se encuentra firmemente acreditado. Sabemos que por la dedicatoria de su obra magna, el *Libro de los*

*animales* (*Kitāb al-Hayawān*), a su amigo el mencionado visir Ibn al-Zayyāt, recibió de este 5.000 dinares como recompensa. Lo mismo sucedió con otra de sus grandes obras, el *Kitāb al-bayān wa l-tabayīn* (*Libro de la declaración y la elocuencia*), dedicado al gran cadí Ahmad b. Abī Du'ād, y así con varios títulos más. Estas enormes cantidades, aparte de indicar el gran prestigio que una dedicatoria de al-Yāhiz confería a un alto personaje, dan pie a la suposición de que dedicatorias y recompensas fueran una compensación o pago encubierto por sus servicios, prestados en calidad de consejero, informador y secretario en la sombra. En efecto, y a juzgar por buena parte de sus escritos, al-Yāhiz parece haberse incrustado en el aparato califal como ideólogo, portavoz o escriba oficioso encargado de anunciar, publicar o vulgarizar decisiones gubernamentales e ideas religiosas del momento. De este modo, se prefigura como el prototipo de autor que sabe expresar al máximo las ventajas que el dominio del árabe otorgaba en un entorno cortesano donde el carácter sacro de esta lengua operaba como un indispensable elemento legitimador.

Todo apunta, en cualquier caso, a que en la etapa final de su vida conociera, si no la fortuna, al menos una vida confortable gracias a su pluma y sus conocimientos. Cuando en el año 851 el califa al-Mutawakkil acaba definitivamente con el *I'tizāl* como doctrina oficial, al-Yāhiz, ya anciano y aquejado de una hemiplejía, abandona Bagdad y vuelve a su Basora natal, ciudad de la que nunca se había alejado completamente y con cuyos ambientes cultos y populares siempre estuvo en contacto. Es en esta última etapa cuando, apartado de preocupaciones de otra

índole, escribe una de sus obras más célebres, el *Libro de los avaros* (*Kitāb al-Bujalā*). A pesar de este retiro, parece que, por su gran prestigio, siguió en contacto privado con el califa al-Mutawakkil y con el favorito al-Faḥ b. Jāqān hasta el asesinato de ambos en 861.

Murió en Basora, casi nonagenario, el mes de *muḥarram* del año 255 (diciembre de 868-enero de 869), única fecha segura de su biografía. Condenado a protagonizar una historia de leyenda, entre las noticias relativas a su fin no falta una tradición tardía que le inventa una muerte de bibliófilo: acostumbrado a amontonar alrededor de sí los libros que leía, fue aplastado por una pila de ellos, que se le cayó encima. Como añade Charles Pellat, el gran promotor de los estudios sobre al-Yāhiz: *se non è vero...*

### 3. La obra de al-Yāhiz y la literatura de *ādab*

Al-Yāhiz no solo es el creador y maestro de la prosa árabe, sino una de esas personalidades geniales que configuran una época. La magnitud y extensión de su obra, su amplitud de intereses y anchura de miras, así como la importancia fundamental que tuvo en la formación de la cultura de su tiempo, lo atestiguan. Se le atribuyen en torno a dos centenares de obras, de las que se conservan unas noventa, ya sea en estado fragmentario o completas. La simple mención al azar de algunos de sus títulos nos da idea de unas excepcionales cualidades intelectuales y una energía creadora que, si bien no será extraña a la grafómana cultura islámica medieval, no tenía parangón hasta el momento. Mencionemos a vuelo de pájaro

títulos tan variopintos como *Primacía de los negros sobre los blancos*, *Tratado de las esclavas cantoras*, *Virtudes de los turcos*, *Guardia de secretos y preservación de lenguas*, *Libro de las utilidades de las mulas*, *Tratado de la moral de los visires*, *Leprosos, cojos, bizzcos y ciegos*, *Vituperio de la sodomía*, *Sobre las argucias de los alcabuertes*, *Tratado de lo serio y lo jocosos*, *Elogio del vino y descripción de quienes lo frecuentan*, *Genealogías de los cantantes*, *Alabanza de los libros y encomienda de atesorarlos*, etc. Títulos que sugieren la amplia curiosidad y el genio multiforme de este inefable y singular polígrafo, cuya obra se despliega en tres vectores esenciales: la teología, la política y la llamada literatura de *ádab*.

En su obra político-religiosa, destaca nítidamente la dimensión sofisticada de al-Yáhiz, ya que muchos de sus títulos los escribió para «consumo administrativo», al servicio del estado y sus concepciones oficiales, en una época de continuas controversias políticas y religiosas. Ya hemos apuntado que, en el momento crucial de su vida, al-Yáhiz se presenta como un ideólogo en la sombra, encargado de perfilar, explicar y divulgar las decisiones del poder: lo que hoy llamaríamos un «intelectual orgánico» o, como veremos, un sofista capacitado para argumentar en favor de cualquier tema. A esta luz se presentan ciertas obras como el *Tratado de las alegaciones en torno al imamato* o la *Exposición de las doctrinas del chiismo*, encaminadas a mostrar la necesidad de un imán idóneo entre los musulmanes, no perteneciente a la rama de los ‘alíes, tampoco omeya, etc., justificando así, en suma, la ascensión al poder de los abbasíes y deslegitimando las pretensiones chiíes y prosirias. Lo mismo sucede con

otro buen número de obras concebidas como defensa de las posiciones políticas de la dinastía reinante, como el tratado *Sobre la negación del antropomorfismo*, el *Tratado de la creación del Alcorán* o la *Epístola sobre los advenedizos*, concebidas para apuntalar y defender el movimiento teológico del *I'tizāl*, dogma oficial impuesto por la fuerza en el estado, frente a la oposición abierta de chiíes, tradicionalistas y los estratos populares de la sociedad.

Las obras mencionadas, sin embargo, aunque dotadas de un notable vuelo literario, pertenecen más a la historia de las ideas que a la historia de la literatura. Es en la dimensión puramente literaria donde el genio de al-Yáhiz despliega su fuerza. Nos referimos a su prosa miscelánea de humanidades varias, educativa y de «instruir deleitando», que en árabe recibe el nombre de *ádab*.

Este nombre designa una prosa de carácter instructivo y cultural, sin pretensiones unitarias ni orden riguroso. En ella, y siguiendo un no muy consistente hilo narrativo, el autor entremezcla anécdotas, digresiones, versos, leyendas y otras ocurrencias de vario género. Al-Yáhiz fue el creador de este tipo de literatura, que responde a la máxima de «Tomar un poco de cada cosa», y en la cual se alterna lo serio con lo jocoso para no abrumar al lector. No se trata pues de una literatura de ficción, creación o fantasía, sino de conocimientos y sucesos reales, cuyo principal objetivo es instruir al lector al tiempo que se le entretiene. El *ádab* será el vehículo idóneo en el que expresar la nueva cultura árabe; una manifestación literaria que surge como respuesta a las peculiares necesidades del siglo de oro abbasí, cuando los saberes árabes, persas y griegos confluyen y deben ser asimilados y divulgados.

En efecto, con la aparición del islam y la creación paulatina de un nuevo imperio, los musulmanes se ven en la imperiosa necesidad de crear y desarrollar nuevas disciplinas y modos de saber que canalicen y ordenen, de acuerdo con las exigencias de la nueva religión, su propio patrimonio. En la obligación de comprender el texto del Corán y todas sus implicaciones se hallará el germen de la gramática, la lexicografía, las ciencias del hadiz, los comentarios, etc. La exigencia de regir la nueva comunidad de acuerdo con sus fundamentos religiosos originará la jurisprudencia y la teología. La cartografía, la geografía descriptiva, la historia, se desarrollarán como instrumentos para conocer en detalle la amplitud y antigüedad de los nuevos y extensos dominios islámicos. Esta construcción del islam como sistema religioso, jurídico, social y cultural –como civilización y modo de vida– habría de producir, en apenas dos centurias, un caudal de conocimientos e informaciones tan vasto como imposible de dominar.

Sumándose a estas ciencias árabes e islámicas vendrían las importadas de otras civilizaciones, transmitidas gracias a las numerosas traducciones que, arrancando del griego y el sánscrito, con etapas en siríaco y persa, aportarían a la civilización araboislámica un verdadero contingente de nociones nuevas. Así se desarrollarán la filosofía, la astronomía, la medicina, las matemáticas. Hacia los años de la revolución abbasí, los secretarios y burócratas del imperio, una élite erudita e incrustada en todos los estamentos del poder, a los que sirven de consejeros, traductores y administrativos, han elaborado un tipo de prosa árabe ágil, elegante y suficientemente versátil como para expresar cualquier propósito literario. El

adalid de tales secretarios será Ibn al-Muqaffa' (724-759), creador y traductor de la primera pieza maestra de la prosa árabe, el *Calila y Dimna*, y verdadero predecesor de al-Yáhiz.

En estas circunstancias, aunque descritas muy someramente, es posible imaginar la revolera intelectual en que se hallaban los hombres cultivados de los primeros siglos del islam, progresivamente sumidos en un aluvión de nuevos conocimientos que era preciso elaborar, asimilar y divulgar. A comienzos del siglo IX, en Kufa y en Basora principalmente, y más tarde en la nueva capital, Bagdad, los círculos eruditos son un hervidero de ideas, debates, escritos, libelos y controversias de todo género que retratan un *momento* de la civilización: sentar las bases para una explotación armoniosa del saber y definir los límites de una cultura. Aquí y allá surgen facciones, escuelas, tendencias, sectas. En esta encrucijada surge la figura de al-Yáhiz, que marcará la época entera con su personalidad única. En su obra, el género literario del *ádab* canalizará las más variadas ramas del conocimiento, tendiendo así a la formación moral, intelectual y profesional de los musulmanes.

Su más ambiciosa obra, el *Libro de los animales* (*Kitāb al-Hayawān*), es una monumental enciclopedia, editada en siete volúmenes, sobre el mundo animal. Su hilo conductor es el comentario de cada especie zoológica, sus características y peculiaridades, con el objeto de mostrar la grandeza divina por medio de las maravillas de la Creación. Fuertemente influido por la filosofía natural de Aristóteles –al que cita en numerosas ocasiones–, y tratando de emular los conocimientos zoológicos griegos,



al-Yáhiz sostiene que la providencia divina no obra nada en vano, ni existe en la naturaleza ninguna cosa que sea inútil o insignificante. Por tanto, la Creación es la prueba irrefutable del Creador. El estudio y esclarecimiento, por medio de la razón, de los misterios de la naturaleza se muestran como la mejor prueba de amor y respeto hacia Alláh. Con este hilo conductor, el *Libro de los animales* trasciende los límites de una simple enciclopedia zoológica para abarcar toda suerte de terrenos, temas y saberes: botánica, etnografía, religión, magia, supersticiones y folclore, costumbres sexuales, poesía, psicología, música, leyendas y fábulas, etc. Obra plagada de anécdotas, sucesos varios, digresiones de todo género e incontables observaciones tan agudas como geniales, el *Libro de los animales* es considerado unánimemente una de las obras fundamentales de toda la cultura árabe.

Como también lo es otra de sus obras monumentales, el *Libro de la declaración y la elocuencia* (*Kitāb al-bayān wa l-tabyīn*), extensa antología en cuatro volúmenes de la retórica y la poesía árabes desde época preislámica. Con el objeto de demostrar la supremacía de los árabes en estas dos disciplinas, la obra constituye un admirable intento de sentar las bases de un arte poética, en la que se junta toda suerte de materiales de la tradición oral, sermones, gnómica, prédicas populares, hadices y leyendas profanas; un inacabable caudal de sucesos y tradiciones en torno al valor mágico de la palabra. La obra es un riquísimo tesoro de anécdotas y una mina de datos sobre el patrimonio oral, literario e histórico de los árabes.

El *Libro de los avaros* (*Kitāb al-Bujalā'*), quizá la más leída de sus obras, es una larga plática en torno al tema

de la avaricia, salpicada de los más sabrosos retratos humanos, anécdotas y sucesos relacionados con los tacaños, pícaros y gorriones de la época. Se considera un soberbio fresco de la sociedad de su tiempo, pintado con los recursos del humor y la anécdota donosa, pero aplicando a la vez la amarga medicina del *castigat ridendo mores*.

Mención aparte, por último, merecen sus numerosas epístolas, tratados breves dirigidos a un interlocutor no siempre real, trasunto de una audiencia lectora en ciernes. Dotadas de un tema más concreto, muy a menudo salpimentadas con aguda ironía y fino ingenio, y muy cercanas al género sofístico o ensayístico, las epístolas de al-Yáhiz emparentan muy estrechamente con obras de la Antigüedad como los *Moralia* de Plutarco, las *Noches áticas* de Aulo Gelio o las narraciones de Luciano, autores con quienes al-Yáhiz tiene más similitudes que con otros cualesquiera. Estas epístolas, que a menudo tienen una intención divulgadora, reflejan en gran parte el ambiente de los círculos ilustrados contemporáneos de al-Yáhiz, y contribuyeron a acercar a un público más amplio que el de las élites el tipo de discusiones y lecturas frecuentes en la época. Unas discusiones que no siempre eran asequibles para el vulgo, ni tampoco populares ni prácticas, y que más pudieran parangonarse con lo que hoy llamaríamos, sin temor a errar más de la cuenta, discusiones peregrinas, o cuestiones «bizantinas» si se quiere. Entre ellas destacan títulos como el *Elogio y diatriba de cortesanas y efebos*, la *Epístola de las esclavas cantoras* y la que quizá sea la más ambiciosa de todas, el presente *Libro de la cuadratura del círculo*.

#### 4. Lo cuadrado y lo redondo, o las múltiples razones de un libro

El *Libro de la cuadratura del círculo* es una de las obras más singulares y desconcertantes de la literatura árabe medieval. Formalmente es una epístola dirigida a un personaje pedante y estrafalario de La Meca, Ahmad b. ‘Abd al-Wahhāb, a quien al-Yāhiz describe como erudito a la violeta, polemista charlatán y vejestorio presuntuoso. Tras denunciar su actitud insensata, porfiada y cargante, al-Yāhiz nos explica que se ha propuesto desenmascararlo, planteándole cien preguntas que no sepa contestar, para así mostrar a todo el mundo la magnitud de su ignorancia y poder librarse de él.

Aquí acaba el argumento y empieza una extraña aventura. Las «cien preguntas» que al-Yāhiz lanzará a su contrincante son un compendio de las más complicadas cuestiones al alcance de una mente racionalista del tercer siglo del islam. A través de ellas, y en un momento tan señalado de la historia de la civilización como es el apogeo abbasí, nuestro autor esboza un fabuloso recorrido por el imaginario teológico y cosmológico de su época. Así, se suceden sin pausa las preguntas sobre cuestiones espinosas, singulares o enigmáticas, desde el comienzo de los tiempos, «cuando las piedras eran blandas y toda cosa hablaba», hasta «el día en que la Trompeta señale la hora de la Resurrección».

Todo ello va arropado en un tono de libresco apremio, de erudita urgencia, que oprime y desconcierta al lector con una prosa enérgica y precisa. Entre cada andanada de preguntas, al-Yāhiz va componiendo un despiadado

retrato de su contrincante; retrato que ha quedado en la memoria de la literatura árabe como ejemplo de sátira mordaz y cáustica.

Muchas son las cuestiones que al-Yáhiz plantea al destinatario de su epístola, así como innumerables los temas que trata: leyendas cosmogónicas y apocalípticas, mesianismo, soteriología, textos sagrados y profanos, profecías, música, matemáticas, medicina, zoología, magia, botánica, etc. Toda una galería frenética de imágenes, de vagas y extrañas evocaciones que, apenas comienzan a figurarse en nuestra mente, se esfuman como en un caleidoscopio. De este modo pasamos de la metamorfosis del lagarto y la langosta a las diferentes clases de demonios; de los terroríficos gigantes que poblaban la tierra a los ciclópeos ángeles que la gobiernan; de la cuna de los profetas al lugar donde mora el Anticristo. En estas páginas hallamos al rey cuya sangre cura la rabia, al adivino que predice golpeando un cubo de agua, al poeta poseído por un genio, al músico hermafrodita y la canción que mata, junto al inventor del ajedrez, el presunto autor del *Kama-sutra* y el creador del astrolabio.

Una ventana abierta a un mundo que hoy se ha perdido. Si los arcanos que la obra encierra ya eran peliagudos de abordar en tiempos de su autor, para el lector moderno son un rompecabezas. Y no obstante, este dédalo de fábulas e interrogantes parece haber sido bastante familiar a las mentes cultivadas de la época. Centurias después, separados por un piélago cultural, las coordenadas culturales con las que orientarnos se han desvanecido.

Sin embargo, más allá de las propias preguntas, que de suyo son interesantes, conviene no dejarse deslumbrar

por la pirotecnia de conceptos rebuscados y cuestiones abstrusas. Como es habitual en la obra de al-Yáhiz, tras la apariencia ingeniosa y la forma a veces intrincada se superponen diferentes planos de lectura que no se revelan sino tras un detenido examen. Juzgar esta obra como un simple catálogo de preguntas curiosas presentadas bajo un pretexto satírico es quedarse en lo superficial.

Pocos hasta ahora han insistido en que el propio esquema del libro viene a ser una vuelta de tuerca del género griego de los *problemata*, que conocería un notable desarrollo en el mundo helenístico, bizantino e islámico, siendo adaptado y cambiado en diversas ocasiones según cada coyuntura cultural. La obra clásica de este género, los *Problémata physiká* de Aristóteles, es una extensa colección de cientos de preguntas sobre diversas cuestiones ordenadas por temas, que van desde la medicina y el cuerpo humano hasta la música y la meteorología, pasando por los olores, los climas, la matemática, los placeres sexuales y otros. Dicha colección de problemas se concebía como una suerte de ejercicio retórico, de tarea de escuela, para formar las habilidades de los hombres cultivados y dotarlos de un catálogo lo más amplio posible de temas que desarrollasen sus capacidades filosóficas, argumentativas y dialécticas.

Es casi seguro que al-Yáhiz conoció y estudió a fondo esta obra, cuestión en la que una vez más se muestra como pionero. En primer lugar, sabemos de la existencia de una traducción atribuida a su coetáneo Ḥunayn b. Isḥāq (809-873), y de diversas versiones parciales, comentarios y adaptaciones a cargo de Ṭābit b. Qurra (826-901), ‘Īsà b. Māsah (m. c. 888) y otros ilustres contempo-